

### CAPITULO XLIII.

Recaredo. — Su conversión al Catolicismo. — Disturbios que produce esta medida. — Concilio en Toledo. — Guerras con los francos. — Tratado con los griegos. — Legislación. — Muerte de Recaredo.

La elección de Recaredo fue mas bien un reconocimiento, teniendo en él origen por segunda vez el sistema hereditario entre los godos.

Su madre Teodosia, primera mujer de Leovigildo, fue católica, por lo cual conforme á sus creencias habíale dado educación: además la conversión de su hermano y el heroísmo con que sufrió la muerte por no volver al arrianismo, y los consejos de su tío, de quien ya hemos hablado, que quiso continuar en él la obra con tan buen éxito empezada en san Hermenegildo, fueron todos parte á hacer que Recaredo, comprendiendo su ceguedad, tratase de imitar á su hermano.

Sin embargo, como á su talento y recto criterio no se le oscurecía que un cambio repentino de religión podría acarrear males gravísimos á la nación, esperó aun diez meses, en cuyo tiempo lo estuvo preparando todo y allanando los obstáculos que pudieran oponerse á su resolución.

En este tiempo hizo dar muerte á Sisberto, el verdugo de san Hermenegildo, mas bien para vengar á este que por castigar su deslealtad y traiciones.

Por fin, creyendo llegada la hora de realizar su propósito, manifestó públicamente que aceptaba y profesaba la religión católica tal como estaba expresada en el símbolo de Nicea, y aconsejó á todos sus vasallos que siguieran su ejemplo, haciéndolo así la generalidad.

Pero como quiera que una de las medidas primeras tomadas por Recaredo fue la de restituir en sus respectivos cargos á los eclesiásticos arrojados de ellos por su padre y los que le precedieron, encontró una gran oposición en los arrianos, á quienes se los arrebató.

Y tal fue el encono de estos, de tal manera se acentuó su oposición á cambiar de creencias, que pusieron mil veces en peligro no solo el trono sino hasta la vida del Monarca.

Las conspiraciones se sucedían unas á otras, teniendo casi siempre por jefes á los obispos arrianos arrojados de sus sillas. Como ejemplo de ellas, citaremos la del de Mérida, Sunna, que aliado con los condes Viterico y Segga, atentó contra la vida de Mausona, metropolitano católico repuesto por Recaredo; pero se frustraron sus criminales intentos por haberlos revelado Viterico, asustado sin duda de la enormidad de la falta que iban á cometer, y que por esto se libró del castigo severísimo que impuso el Rey á su colega, á quien mandó cortar las manos y confinarle á Galicia, contentándose con desterrar á Sunna, en gracia de su carácter religioso.

Pero la conspiración mas terrible de las fraguadas por entonces fue la de Uldila, obispo arriano también, que amenazaba la vida del mismo Monarca, y en la cual entró la madrastra de este, Gosvinda, llena de furor, como puede deducirse de lo que ya hemos dicho acerca de su carácter é intolerancia religiosa, por su conversión á la verdadera fe y por el eco que esta resolución había hallado en el pueblo.

Felizmente para Recaredo descubrióse este terrible complot, y en su consecuencia hizo salir desterrado, como á Sunna, á Uldila, mostrando con esto una moderación digna de todo elogio; pero no pudo castigar á Gosvinda, porque la parca, cortando el hilo de su existencia, ahorróle este trabajo.

Aun no había transcurrido un año de estos sucesos, cuando el duque Argimundo formó otra trama con el doble objeto de apoderarse del trono y de dar muerte al que lo ocupaba; pero habiendo fracasado también como las anteriores, agotada ya la paciencia del Rey, hizo dar muerte á los que aparecieron complicados, y en cuanto á su jefe, mandó rapar y cortar la mano derecha, y en esta disposición, montado en un jumento, fue paseado por Toledo y expuesto á la befa del populacho, muriendo por último, como sus cómplices, á manos del verdugo. Este suceso es el último que anota Juan de Viçlara en su crónica.

Después de esto, queriendo dar mayor solemnidad á su conversión, convocó en Toledo el año 589 un concilio, que era el tercero celebrado en aquella ciudad.

Sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos se reunieron en aquella ciudad, entre los que se hallaba el famosísimo Leandro de Sevilla, «alma y lumbrera de aquel concilio,» según le llama un historiador contemporáneo.

Ante aquella asamblea, en la cual se reunían no solamente los prelados católicos, sino también los obispos arrianos y gran número de magnates, el Monarca renovó solemnemente su acta de abjuración, declarando, tanto en su nombre como en el de la reina Bada, su profesión de fe según el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres Personas divinas.

Terminado aquel acto, un prelado en su nombre pregunta á la Asamblea si se adhiere á los sentimientos del Monarca, y toda ella, como obedeciendo á una superior inspiración, pronuncia el sí apetecido, suscribiendo la profesión de fe de Recaredo.

La religión católica había triunfado; el principio religioso inmensamente civilizador, después de haber subido al trono de los Césares cubierto con la púrpura de Constantino, establecía en España imperecedero asiento.

El papa san Gregorio el Magno decía al Monarca español en una de sus cartas: «¿Qué diré en el juicio final cuando me presente con

las manos vacías y vos vayais seguido de rebaños de fieles, cuyas almas habeis ganado á la fe con solo el imperio de la persuasión? ¡Cargo terrible que acusará la tibieza y ociosidad del gran Pastor de los fieles, cuando se vean las santas fatigas de los reyes cristianos para la conversión de las almas (1)!»

Con esta carta enviaba el Santo Padre al Monarca español un fragmento de la verdadera cruz, algunos cabellos de san Juan Bautista y dos llaves tocada la una en el cuerpo de san Pedro y la otra, en cuya composición habían entrado limaduras de las cadenas con que estuvo aprisionado.

Entre tanto Gontran, el único de los reyes francos que no había querido aceptar alianza alguna con Recaredo, movióle nueva guerra en la Galia gótica.

En vano trató el Monarca español de buscar todos los medios conciliatorios posibles; pues á tal punto llegó la obcecación y el odio de Gontran que, al concederse á Recaredo la mano de Clodominda, hermana de Childeberto, á condición de que él asintiera á ello, repuso este á los embajadores del rey católico: «¿Cómo quereis que pueda fiarme en vuestras promesas cuando Ingunda, mi sobrina, se vió encerrada en una oscura prisión, haciéndola morir vuestra perfidia entre las amarguras de un destierro, á la par que su marido sucumbía bajo el hacha del verdugo? Idos, y decid á vuestro señor que no recibiré ninguna otra embajada de su parte. Dios me ordena vengar á Ingunda, y obedeceré á Dios.»

Fácil es de comprender cuán bien dispuesto estaría el hombre que así hablaba á favorecer cuantos intentos y ambiciones pudieran poner en grave compromiso al Monarca español.

En su consecuencia el obispo arriano de Narbona pudo conseguir de él fácilmente que le apoyase con un cuerpo de tropas en la sublevación que proyectaba.

Rompieronse las hostilidades, y los rebeldes quedaron completamente derrotados.

Mas no por esto se entibió el odio de Gontran, ni amenguó su valor.

Por el contrario, haciendo un esfuerzo supremo y deseando vengarse de una manera terrible de Recaredo, reunió un ejército de sesenta mil hombres, y al mando de Borson los arrojó sobre aquella Septimania, perenne objeto de sus deseos.

No se arredró el Monarca godo ante tan numerosas fuerzas. Inmediatamente dió sus órdenes al duque Claudio, gobernador de la Lusitania, el cual, comprendiendo que era necesario usar de la astucia para vencer á un enemigo que tan brioso se mostraba, atrajo á aquel numerosísimo ejército á un valle estrecho y montuoso, donde tenia emboscadas algunas escasas aun cuando escogidas fuerzas. El resultado correspondió maravillosamente al plan que concibiera.

Fuertes y espesas las masas enemigas, al verse de repente atacadas en aquellas angosturas, imposibilitadas para moverse, fueron deshechas y destrozadas por los soldados del valiente general español.

La carnicería ejecutada por los godos, según los historiadores coetáneos, fue mucho mayor todavía que la de los campos Cataláunicos verificada por los godos, también sobre las tropas del feroz Atila.

«Nunca, dice san Isidoro, dieron los godos en España una batalla mayor ni aun parecida (2).»

Algunas crónicas cristianas atribuyen á milagro semejante victoria, suponiendo que no pasaban de trescientos los soldados con que Claudio contaba; pero, de cualquier manera que fuese, el resultado fue tan importante que ni Gontran, á pesar de toda su cólera, doblemente excitada, como es fácil de comprender por sus derrotas, ni ninguno de los reyes francos volvieron á disputar á los godos la posesión de los dominios que en la Galia tenían.

Del mismo modo también se vió obligado Recaredo á luchar con los griegos imperiales, á quienes pareciéndoles reducido su territorio de la Bética, trataban de aumentarlo haciendo algunas incursiones por el interior.

Recaredo trató de convencerles por medio de la ley, es decir, obligándoles á cumplir el primitivo contrato celebrado entre Atanagildo y Justiniano; mas esto no pudo tener lugar, porque en el incendio de los archivos de Constantinopla, donde se encerraba, desapareció destruido por el voraz elemento.

En tal estado el papa Gregorio el Magno negoció un nuevo tratado con el emperador Mauricio, en virtud del cual se prohibía á los imperiales toda conquista en el interior, debiendo permanecer únicamente en sus posesiones del litoral.

El resto del reinado de Recaredo fue mucho menos agitado y turbulento que el de sus antecesores.

Cuando mas consagrado se encontraba á labrar la ventura de su país por medio de la revisión y reforma de las leyes eclesiásticas y civiles, cuando á la sombra de la paz solo pensaba en el bienestar de sus pueblos, sorprendióle la muerte en Toledo, en febrero del año 601, después de un gloriosísimo reinado de quince años.

(1) Greg. Mag. lib. VIII, ep. CXXVIII.

(2) Nulla unquam in Hispaniis gothorum vel major vel similis extitit. Isidoro, *Hist. Goth.*



DESEMBARCO DE SISBERTO EN TÁNGER.

## CAPITULO XLIV.

Breve reinado de Liuva II. — Viterico. — Gundemaro y Sisebuto. — Edicto de proscripción contra los judíos. — Juicio de san Isidoro sobre este asunto. — Recaredo II.

Al fallecimiento de Recaredo, pusieron los grandes y preladós la corona gótica sobre las sienas de su hijo Liuva, quien, según parece desprenderse de las palabras de san Isidoro, era hijo natural (1) habido antes de su matrimonio, y que los otros dos, Suintila y Gesla, nacieron de la reina Bada.

De cortísima duración fue el reinado del desventurado Liuva. Aquel Viterico conspirador contra Recaredo, y que solamente debía la existencia á la generosidad de este, persuadió al inexperto monarca para que declarase la guerra á los imperiales, obteniendo el mando de aquella expedición.

El uso que hizo de esta confianza, en mal hora depositada en él, fue seducir á aquellas mismas tropas, y en vez de conducir las al objeto para que se destinaban, se apoderó de Liuva, quitándole la vida después de haberle hecho cortar la mano derecha.

De tan breve duración fue su reinado, pues apenas llegó á dos años, que no pudo legar á la historia hecho alguno que digno de mención sea, habiéndose granjeado únicamente con su afecto y benevolencia, y la belleza de su rostro, las simpatías y el cariño de toda la nación.

De nuevo se vió interrumpida la sucesión dinástica como lo fuera en los tiempos de Amalarico. Viterico se hizo aclamar rey por las tropas, y aun cuando, atacando á los imperiales, consiguió algunos triunfos, no pudo conquistarse el aprecio del pueblo que no veía en él mas que á un usurpador manchado todavía con la sangre de su víctima.

Según parece, tuvo intención de restablecer el arrianismo (2), pero no pudo realizarlo por la oposición que encontró, concitando contra sí el odio y la animosidad del clero.

Trató de casar á su hija Ermenberga con Teodorico, rey de Borgoña, y después que la hubo enviado á Chalons, el borgoñon, retirando su palabra, se la devolvió á su padre arrebatándole los tesoros que llevara en dote, haciéndole el mayor de los desprecios.

Fácilmente se comprende que el pueblo, exacerbado primero con el crimen cometido en la persona de Liuva, y después con el desaire que se le hacia por el borgoñon, habia de perder el poco respeto que le tuviera, y roto finalmente el dique, descendió del trono de los godos por los mismos medios que le habian proporcionado la subida.

Sus mismos oficiales le asesinaron en un banquete, ensañándose de tal manera el furor popular en su cadáver, que fue ignominiosamente arrastrado por todo Toledo y sepultado fuera de la ciudad.

«Parecia, como dice oportunamente Lafuente, haber vuelto con la muerte de Recaredo la rudeza de los primitivos tiempos del imperio gótico.»

Para suceder á Viterico eligióse, tras algunas cuestiones, á Gundemaro, varon respetado generalmente por su capacidad y conocimientos así militares como de gobierno. Acreditó los primeros en una nueva insurrección de los vasco-navarros, á quienes dominó enérgica é instantáneamente, y derrotando en varios encuentros á los imperiales, que, malavenidos con el tratado hecho con Recaredo, hacían frecuentes incursiones en el interior.

Asimismo dió tambien pruebas de poseer los segundos, llevando á feliz término la solución de las diferencias que se ocasionaron entre algunos obispos de la Cartaginense y el metropolitano de Toledo, por negarse aquellos á reconocer á este como tal; para conseguirlo fue necesario reunir en esta última ciudad á los preladós de ambas, para que deliberaran y dispusieran sobre aquel asunto, lográndose así que al fin los quince de la primera firmaran un acta reconociendo como único y exclusivo metropolitano de su provincia al que lo era de Toledo.

El Rey firmó el acta en señal de aprobación, é igualmente la obtuvo de los demás metropolitanos que formaban la Iglesia gótica.

Al fallecimiento de Gundemaro, ocurrido en 612, sucedióle en el trono Sisebuto, que fue uno de los monarcas mas notables que registra la cronología gótica.

Los astures y vascones, que, de igual modo que todos los demás habitantes del Norte, soportaban de mal grado la dominación goda, sublevaron de nuevo, haciendo necesario que Rebila y Suintila, generales de Sisebuto, corrieran al frente de numerosos soldados á reducirles á esta obediencia.

Ansioso de arrojar á los greco-imperiales del suelo que ocupaban, considerando como una afrenta que en sus dominios existieran individuos de otra nación que prestaran obediencia á otro monarca, y que se rigieran por las leyes de su país, se volvió furiosamente contra ellos, y en varios encuentros derrotó al patricio Cesáreo, causándole tal mortandad, que le inhabilitó para formar otro nuevo ejército. Mas, á pesar de estas victorias, á pesar del furor de que se sentía poseído al ver que gentes extrañas habitaban en sus pueblos, su piedad y sus buenos sentimientos resplandecieron de tal modo en estas guerras, que amigos y enemigos estaban admirados.

Los heridos contrarios eran por él asistidos y cuidados con extraordinario esmero, rescatando á los prisioneros con su mismo dinero.

(1) Ignobili quidem matre progenitus, sed virtutum indole insignitus. *Hist. Goth. in æra DCXXXIX.*

(2) Luc. Tudens. *Chron. Mund.*

El jefe de los imperiales se vió forzado á demandar la paz, paz que no pudo realizarse sino á costa de la desventura de una nueva raza de hombres que habia permanecido hasta entonces ajena por completo á todas las graves cuestiones que se habian estado ventilando en la nación.

Los judíos, que desde la persecución de Vespasiano se habian venido á refugiar en España en un número considerable, fueron las víctimas en esta cuestión.

Hé aquí en qué términos se verificó semejante acontecimiento: El emperador Heraclio que dominaba en Oriente, según la astrología judiciaria, habia de ver destruido el imperio por una nación circuncisa y errante, enemiga de la cristiana fe.

Como precisamente el pueblo hebreo se encontraba en este caso, Heraclio suscitóles por todas partes persecuciones, y cuando Cesáreo y Sisebuto le mandaron para su ratificación las condiciones de paz que habian ajustado, contestó que no tenia inconveniente alguno en acceder á ellas con tal de que el monarca goda expulsara de su reino á los descendientes de Israel.

Indudablemente, según dice un historiador contemporáneo, semejante petición no debia estar muy en desacuerdo con las ideas de Sisebuto, teniendo cuenta los edictos que expidió inmediatamente contra los individuos de esa desventurada raza.

Según el Código visigodo, dice, «Onde todo judío que fuere de los que s' non baptizaron ó de los que s' non quieren baptizar, é non enviaron sus hijos é sus siervos á los sacerdotes que los bapticen, é los padres, é los hijos non quisieren el baptismo, é pasare un año cumplido despues que nos esta ley pusiéremos, é fuere fallado fuera desta condición é deste pacto estable, reciba C azotes é esquilente la cabeza é échelo de la tierra por siempre, é sea su buena (sus bienes) en poder del rey. E si este judío é echado en este comedio non ficiere penitencia, el rey dé toda su buena á quien quisiere (1).»

Puestos en la alternativa de elegir los judíos en el término de un año entre bautizarse ó ser decalvados, azotados y lanzados del reino, y confiscados sus bienes, mas de noventa mil, según algunos historiadores, recibieron el bautismo.

«Pero estos podian ser buenos cristianos? Por ningun estilo. Todos los historiadores están conformes en censurar aquella medida, diciendo el mismo Mariana, á propósito de esto que «fue, cosa ilícita y vedada entre cristianos que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad (2).»

Algunos de aquellos desdichados salieron de España, pero no pudieron encontrar acogida favorable en los dominios de los reyes francos, porque el mismo Heraclio instigó á aquellos monarcas para que siguiesen la misma conducta de Sisebuto.

Los que quedaron en la Península fueron horriblemente tratados; llevábase el celo religioso hasta un extremo inconcebible, y aquel mismo Rey, que se afectaba con la sangre derramada en los combates, permanecía impassible ante los horribles tormentos que aquellos desventurados sufrían.

Los preladós de aquel tiempo se lamentaban de semejante presión, especialmente san Isidoro de Sevilla, que en términos bastante claros reprendía y desaprobaba la conducta del Monarca, diciéndole que no era el mejor medio emplear la violencia con los que debia atraer por la persuasión y el convencimiento.

Con semejante conducta solo consiguió trearse dentro del reino unos enemigos perseverantes y astutos, que sin amenguar un día en su rencor, produjeron mas tarde males de gran consideración á nuestro país, según tendrémos ocasion de demostrar.

Los imperiales habian abandonado finalmente el suelo que ocupaban, retirándose al otro lado de los Algarbes; pero ¿á costa de qué se habia conseguido esto?

A costa de la ruina de infinitas familias, y á costa de haberse creado muchos y poderosos enemigos que no habian de tardar mucho en probar que no se habia extinguido su odio.

Apenas desembarazado Sisebuto de estos peligrosos huéspedes, tuvo que combatir á los piratas procedentes de la costa de Africa, que pululaban por el Mediterráneo, causando grandes estragos.

Para contener sus atrevidas excursiones tuvo el Monarca goda que preparar una flota, y embarcándose en ella con sus soldados mas aguerridos y valientes, dirigióse á atacar el mal en su origen, desembarcando en la Mauritania Tingitana, donde despues de algunos combates se apoderó de Tingis (Tánger), de Septa (Ceuta) y otras varias poblaciones, y dejando guarnición en las plazas fortificadas regresó á su país, seguro de verse libre por bastante tiempo de las piraterías africanas.

Este es el último hecho notable de su reinado que terminó con su casi repentina muerte el año 621 á los ocho y medio de su elevación al trono.

Las causas de ella no son aun conocidas, pues mientras unos creen fue natural, otros la atribuyen al veneno.

Sucedióle su hijo Recaredo, segundo de este nombre, y que solo disfrutó la corona cuatro meses.

(1) Lib. XII, tit. III.

(2) *Hist. esp.* lib. VI, cap. III.



FUGA DE SUINTILA Y SU HIJO